

Mi Jardín

Isabelle Kaliko



Image not found.

Capítulo 1

Mi Jardín

Por Isabelle Kaliko

Llevo muchos años en este jardín...

Recuerdo que llegue a él un día en el que estaba perdida y quedé atrapada y cautivada por su imponente naturaleza.

En realidad no era un jardín. En un principio era más bien un claro en medio del bosque, una pequeña zona rodeada por árboles que la cercaban dándole una forma casi circular y cuyas ramas se encontraban entre sí en la parte superior y protegían al claro de los rayos del sol, permitiéndole el paso solo a unos cuantos que iluminaban el lugar otorgándole un toque de magia.

El día que lo encontré me senté a los pies de un árbol, recosté mi espalda contra su tronco y me quedé allí, observando el lugar maravillada. Esa tarde llovió, llovió mucho. Tanto que las ramas que me escondieron del sol, no pudieron ocultarme de la lluvia y terminé empapada de pies a cabeza. Pero no me pudo importar menos, me acurruqué abrazando mis piernas y observé el espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos, el agua se deslizaba por todas partes y aquel lugar se sentía increíblemente vivo, de la forma más deliciosamente fría. Y allí me quedé hasta que la noche me arropó y no podía ver ni mis propias manos.

Extrañamente no sentía el frío como algo precisamente incómodo, lo sentía como si fuera parte de mí, como si todo mi ser estuviese en sintonía con aquel lugar. Con esa apabullante pero de igual forma adormecedora sensación me quedé dormida.

Al día siguiente desperté sintiendo que algo en mi había cambiado. Me sentía totalmente descansada, liviana, pero al mismo tiempo con un extraño peso en mi pecho.

Me levanté del suelo, estiré mis extremidades con satisfacción y acomodé mi ropa que ya casi estaba seca. Recorrí con la mirada el lugar que de nuevo se encontraba iluminado por la luz del sol que se colaba entre los árboles, el verde resaltaba vibrante por todo el suelo y luego subía cubriendo y reclamando todo a su paso. Había una roca enorme completamente cubierta de musgo. Si hubiera reparado en aquella roca la noche anterior habría sido la cama perfecta.

El lugar me daba la sensación de que en cualquier momento vería mariposas revolotear sobre las pocas flores que allí había, aves de colores

cantar desde sus nidos en las altas ramas de los árboles o alguna ardilla traviesa corriendo por el lugar. Pero no había nada, ninguna criatura cerca.

La vida alrededor del claro era tan abundante que podía escuchar el ruido que hacían los animales, podía sentirlos, sabía que estaban ahí, pero era como si algo les impidiera acercarse, todo se quedaba fuera de los límites del claro. Busqué con la vista más allá de los límites y pude ver a una ardilla, que sujeta en el tronco de un árbol, me observaba como si le extrañara ver que era posible poner un pie donde yo estaba. Se bajó rápidamente, se acercó al borde del claro y me miró directo a los ojos, pero no se acercó más. Bordeó el claro dando saltitos y mirándome de vez en cuando como buscando el lugar por el que yo había entrado. A simple vista nada le impedía acercarse a mí, pero obviamente ella era consciente de algo que yo no percibía. Pronto se rindió y se alejó desapareciendo entre los árboles.

Cuando la perdí de vista el miedo me asaltó por primera vez desde que había llegado a aquel lugar. ¿Y si pude entrar solo por casualidad? ¿Y si de la misma forma en que la ardilla no podía entrar, ahora yo tampoco podía salir? No era la idea de quedarme ahí lo que me preocupaba, sino el sentirme encerrada.

Me acerqué al borde lentamente y estiré el pie para ponerlo fuera. Nada me impidió salir.

Desde afuera la diferencia entre el claro y el resto del lugar era aún más notoria, afuera los troncos de los árboles eran de varios tonos de marrón oscuro, al igual que gran parte del terreno, pero dentro del claro todo estaba cubierto de verde, de hecho los árboles estaban totalmente cubiertos por el musgo que parecía querer arroparlos para guardarlos del frío. Esa era otra diferencia, la temperatura, apenas salí del claro me golpeó la calidez y humedad del bosque que había pasado por una noche de lluvia y ahora era calentado por el sol. Y cuando probé mi suerte logrando entrar de nuevo al claro sin problemas sentí de nuevo el frío que parecía conservarse solo en aquel pequeño círculo.

A mi amado claro le importaba una mierda lo que sucedía a su alrededor, él permanecía allí, tal y como quería permanecer. Único. Mágico. Y me había permitido a mí, una persona cualquiera, perdida, deleitarme con su belleza.

Sin ganas me alejé del claro y comencé el camino hacia mi casa. Esta vez no me perdí, mi mente estaba clara, al igual que el camino a través del bosque. Cuando llegué a casa fui directo a darme una ducha, al salir me vestí, tomé mi morral y metí unas mudas de ropa, artículos personales y unas herramientas que encontré abandonadas en un rincón de la casa. Había tomado una decisión. Le dedicaría todo mi tiempo libre a ese claro,

haría que fuera tan mío como él había logrado en menos de un día que todo mi ser le perteneciera por completo. Tomé mis cosas y antes de salir de la casa dejé mi celular sobre la mesa, apagado. No quería llevar algo que me anclara al mundo exterior mientras estuviera en el claro.

Las ansias que tenía de regresar al claro eran insoportables, lo necesitaba, era el único lugar en este mundo en el que valía la pena estar. Solo ahí había podido respirar hondo, solo ahí podía existir.

Encontrar mi claro no supuso ningún problema, como si fuera guiada por el canto de una sirena; ese celestial sonido que te promete el paraíso mientras te atrae hacia tu propia destrucción. Pero qué más da ¿no? Todos queremos un trozo de ese paraíso prometido.

Cuando por fin estuve dentro me sentí segura de nuevo. Dejé mi morral en el suelo y estiré mis extremidades con gusto. Saqué del morral las herramientas que había traído y salí del claro en busca de flores, traje unas cuantas y las planté por todo el claro. Al día siguiente repetí el proceso; había convertido el lugar en mi jardín personal, mi hogar, un lugar solo para mí.

Mi ropa había terminado hecha un desastre después de mi inexperta, pero con buenos resultados, labor de jardinería y en lugar de cambiarme allí mismo decidí volver al mundo real y pasarme un rato por mi casa para tomar una ducha fría y almorzar lo que sea que encontrara en la nevera.

Fue extraño volver a casa porque sentía que ya no era mía. Mientras más tiempo pasaba en mi jardín, mas sentía que le pertenecía a él y a ningún otro lugar, como si no enajara en ninguna otra parte. Mientras almorzaba encendí mi celular y vi que no tenía mensajes ni llamadas perdidas, no había nadie esperándome. A nadie le afectaría si desaparecía en mi jardín y decidía nunca regresar. Apagué de nuevo mi celular y lo dejé donde estaba antes de dejar todo limpio y salir de aquella casa.

De camino al bosque pasé por una tienda y compré varias cosas para comer, provisiones, en su mayoría comida chatarra. Había cosas de este mundo que no quería dejar atrás.

Los días pasaron hasta convertirse en meses y yo prácticamente vivía en mi jardín. Solo lo dejaba de vez en cuando; de ser necesario y cuando sentía que podía soportar estar en el mundo exterior.

Cada mañana al despertar sobre aquella enorme roca cubierta de musgo, estiraba mis brazos cubiertos por mi suéter favorito, al tiempo que bostezaba. Me sentaba y admiraba el lugar con el mismo asombro de la primera vez, los rayos de sol que se filtraban entre los árboles hacían resaltar el verde que lo cubría todo y también los cautivantes colores de las flores. Llenaba mis pulmones con el frío aire de mi jardín y me sentía

plena de solo estar ahí.

Luego me dedicaba a limpiar el jardín en caso de que hubiese malezas, cosa que no sucedía muy a menudo y al terminar me iba a un arroyo que se encontraba cerca, donde limpiaba mi cuerpo y me refrescaba. Daba un corto paseo por el bosque, le devolvía la mirada a los animales que me veían con la misma curiosidad todos los días y regresaba al claro, a veces con alguna fruta recolectada en el camino. El resto del tiempo lo pasaba deleitándome con la vista del lugar.

Los tres mejores momentos del día los veía al despertar, en el atardecer y al anochecer. Al despertar veía como la luz de la mañana le daba vida a todo mi jardín haciendo resaltar todos sus colores, en la tarde la luz anaranjada del atardecer que lograba entrar al jardín teñía todo con un tono melancólico que me enternecía por dentro y si pensaba que mi jardín era espectacular, en las noches se sucedía un espectáculo que me dejaba sin aliento.

Me veía acompañada por las únicas criaturas además de mí que lograban entrar al jardín.

Luciérnagas.

Se presentaban en mi jardín cada noche y danzaban por todo el lugar iluminándolo. Se paseaban por encima de las flores, sobre mí, junto a los árboles, del suelo a las ramas de los árboles... llenaban el lugar con su luz y yo tenía el mejor lugar, en primera fila, justo antes de dormir.

Si me hubiesen dicho que la magia existía, yo habría respondido que esa magia nacía justo aquí, en mi jardín, cada noche frente a mis ojos.

En ocasiones, algunas luciérnagas se posaban sobre mis brazos, cuello o rostro y sentía como si su luz quemara mi piel, como si estuvieran hechas de fuego, pero la visión que se presentaba en esos momentos ante mis ojos era tan sublime que me limitaba a soportar el dolor y no hacía el mas mínimo movimiento para alejarlas de mí, aun sabiendo que al día siguiente tendría la marca de la quemadura, pero valía la pena.

Los únicos días en los que esto variaba eran aquellos días en los que llovía. Justo sobre la roca en la cual yo solía dormir, las ramas de los árboles se habían vuelto más frondosas impidiendo que el agua me alcanzara. Me acurrucaba y observaba la lluvia hasta quedarme dormida. Yo cuidaba de mi jardín y él cuidaba de mí.

El tiempo siguió su curso y hubo una época en la que descubrí que podía tolerar pasar algunos periodos lejos de mi jardín, lidiando con el mundo

exterior, distrayéndome con otras cosas.

Pero cada vez que inevitablemente regresaba a mi jardín, nada más entrar caía de rodillas sin poder respirar, el dolor en mi pecho era demasiado fuerte. Mi jardín me recriminaba por haberlo dejado por tanto tiempo, me castigaba por atreverme a vivir sin él. Y yo sabía que me lo merecía, por tener tal descaro de alejarme de él cuando me había dado el privilegio de tener como refugio un mágico paraíso solo para mí.

Así que solo me arrastraba hasta mi roca, suplicando por aire, suplicando por clemencia, hasta que perdía la noción del tiempo y el espacio. Más tarde que temprano mis ruegos eran escuchados, recibía el perdón y podía respirar nuevamente. Yo solo me mostraba agradecida y todo volvía a ser como antes.

Los periodos más largos los pasaban en mi jardín, no solo por temor a las represalias, sino porque simplemente era mi paraíso personal, me sentía segura en él, sentía como todo dentro de mí ardía como el fuego y se congelaba como el hielo cuando estaba allí, lo necesitaba de un modo enfermizo.

Comencé a ser consciente de que algo más ocurría entre mi jardín y yo. Me estaba robando el alma, poco a poco, se alimentaba de ella, y yo no le daba la menor importancia. Porque mientras más tomaba él de mí, más hermoso se veía y mejor me sentía yo. Obviamente llegaría el momento en el que no quedara nada más de mí, eso lo sabía. Lo que no sabía era qué pasaría conmigo cuando ese día llegara y honestamente no me preocupaba por ello. De hecho esperaba ese día con ansias, dentro de mí sentía que cuando cruzara esa línea no existiría nada que perturbara mi paz.

En el tiempo se dibujaron los años, uno tras otro, antes de que me diera cuenta.

Mi momento ha llegado, hoy es el día. Llevo muchos años en este jardín... y hoy es mi último día.

No recibí ningún aviso más que la absoluta certeza que inundaba todo mi ser. Lo supe esta mañana cuando desperté acurrucada sobre mi roca como de costumbre. Todo mi jardín brillaba de una forma distinta, los colores de las flores que se mecían con el suave viento que también hacía que las ramas de los árboles subieran, bajaran y fueran de un lado hacia el otro, todo mi jardín parecía palpitar con vida propia. Toda la vida que yo le había entregado gustosa.

Pase toda la mañana acostada boca arriba, observando todo, grabando cada trozo de mi jardín a fuego en mi memoria, sería el único equipaje que llevaría conmigo cuando me marchara, todo lo demás se quedaría

aquí.

Mi jardín, el lugar más hermoso que había visto en mi vida, mi paraíso, escultor de los momentos más intensos que había vivido. Cada segundo que pasé bajo sus alas me deleité con su belleza, bebí de su dulce veneno que fue acabando poco a poco con mi cordura. El mejor lugar que este universo pudo haberme regalado.

Hoy lo dejaré, no sin tristeza, aceptando que mi tiempo aquí ha terminado, como cuando llegas a la última frase de un buen libro y te detienes sabiendo que cuando leas las últimas palabras la historia habrá llegado a su fin, te detienes saboreando ese dulce momento, queriendo alargarlo un poco más. Así me siento justo ahora.

Mi estómago ruge. Mierda, olvidé comer. Es el encanto de este jardín, me hace olvidarme de todo. Me acerco al borde de mi roca y tomo del suelo mi viejo morral, el mismo que me acompañó aquí cuando todo inicio y saco de su interior unas cuantas frutas que encontré por el bosque ayer en la tarde y unas galletas de mi última excursión a un supermercado, también una botella plástica llena de agua de un manantial que hace tiempo descubrí un poco lejos de aquí. Me como todo lentamente, saboreando cada segundo que me queda y al terminar me pongo de pie y me estiro, recojo y limpio todo, me voy rumbo al arroyo como todos los días y en el camino alzo la mirada para ver a todos los animales observarme, pero ya no con extrañeza, después de tantos años se han acostumbrado a mi presencia, me observan como si fuera uno más de ellos. Alzo la mano en señal de despedida mientras sigo mi camino. Al llegar al arroyo me despojo de toda mi ropa y siento el viento acariciar todo mi cuerpo, entro al agua y ahora es esta quien me acaricia, me hundo en ella para ignorar las lágrimas que amenazan con derramarse. El sabor de la despedida es tan dulce y triste...

Refrescada por el agua del arroyo después de haber nadado un rato, me visto y regreso por donde vine. En el camino los animales se acercan más de lo normal, algunos incluso llegan a tocarme, es la mejor despedida que puedo tener.

Al acercarnos al jardín todos dan media vuelta y regresan a sus cosas, mientras yo sigo adelante hasta llegar justo al centro del jardín, hoy las flores están en su mejor momento, no hay malezas que limpiar, todo quedará en orden. Paso el resto de la tarde sentándome en diferentes lugares del jardín para poder apreciarlo desde todos los ángulos, incluso me subo a uno de los árboles, cosa que no hago muy a menudo, pero este es un ángulo que no quiero perderme.

La noche ha llegado y yo bajo del árbol para sentarme en mi roca, lista

para el espectáculo de esta noche, el último que verán mis ojos.

Comienzan a llegar las luciérnagas y cuando el jardín está repleto inician su danza por todo el lugar. Esta noche no hay quemaduras, otro regalo de despedida. Las veo deslizarse e iluminar todo el lugar hasta que algo llama mi atención.

La temperatura está bajando rápidamente, puedo ver el vapor de mi respiración cuando abandona mi cuerpo y un escalofrío recorre mi espina dorsal haciéndome temblar. Y lo sé, esto es lo que había estado esperando.

Me enderezo y la busco con la mirada y sería imposible que pasara desapercibida ante cualquiera. Su belleza es chocante, tanto que al verla no sé si sonreír o llorar y termino haciendo ambas. Su presencia llena todos mis sentidos mientras ella me mira fijamente, su imagen deleita mis pupilas, su aroma inunda mis pulmones hasta sentir que puedo saborearla, puedo oír el susurro que provoca su vestido al deslizarse sobre el suelo mientras ella entra al claro y se acerca hacia mí, el frío cada vez más intenso estremece mi piel y me congela por dentro.

Ella se detiene frente a mí y me extiende su mano para que la tome, deslizo mis dedos sobre los suyos, delgados y helados. La miro de abajo hacia arriba, sin poder resistirme a embriagarme con su imagen. Su largo vestido de seda negro cubre sus pies y acaricia las flores a su alrededor, sus manos son pálidas, se ven delicadas y a la vez poderosas de un modo espeluznante. Manos que se llevarán los restos de mi alma, lo sé. Su figura curvilínea está hecha por las formas más perfectas que he visto jamás en una persona, aunque estoy totalmente segura de que ella no es humana. Ningún ser humano podría, aunque lo intentara, ser tan sublime como lo es ella.

No alcanzo a ver sus ojos que se ocultan bajo una capucha, solo alcanzo a ver sus labios carnosos que se curvan en una pequeña, casi imperceptible sonrisa. Y su sonrisa es suficiente para calmar cada parte de mí.

Tira de mi mano y sin dudarlo me levanto para quedar frente a ella. Con una última sonrisa, que esta vez se dibuja con claridad en su rostro, me estrecha entre sus brazos y yo apoyo mi cabeza en su pecho. A medida que mi pulso disminuye, comienzo a escuchar el suyo que se hace más fuerte con cada latido.

Respiro profundo y lleno mis pulmones con su aroma, que me adormece. Mis piernas ya no me sostienen, ahora es ella quien lo hace. Mis párpados se están haciendo más y más pesados.

Sonrió...

No, no podría haber terminado de una mejor manera.

Ella coloca una de sus manos sobre mi cabeza y su frío tacto es todo lo que siento al exhalar mi último aliento.

Finalmente, entro en la oscuridad.